

“CUARESMA: Tiempo para crecer”

SÍNTESIS
Verónica Brunkow
consagrada del Regnum Christi

CONSTANCIA

FEBRERO



CONSTANCIA

Así como preparamos con anticipación algún evento importante de nuestra vida, la iglesia nos propone un tiempo de preparación especial de anticipación frente a un acontecimiento central de nuestra Fe: la Pascua, donde celebramos la victoria de Dios sobre el pecado, sobre el pecado de cada uno de nosotros.

A veces nos detenemos mucho en nuestras fragilidades y pocas veces nos damos cuenta de que en cada uno de nosotros ya hay una semilla de vida nueva. Dios, que hace nuevas todas las cosas, también hace nuevas todas las cosas en ti, y en cada uno de nosotros. A veces puedes preguntarte ¿cómo es posible que Dios me haya liberado del pecado si yo todavía experimento la tendencia al mal? Es como quien tiene una mano atrofiada y la otra sana, o como si dentro de nosotros conviviera una Eva y una María, en el caso de las mujeres; o un Adán y Cristo, en caso de los hombres ¿a cuál de los dos estoy alimentando? Pero en realidad ya está dentro de nosotros la Gracia, una nueva libertad interior que es la libertad de los hijos de Dios, pero que tenemos que ejercitar.

El tiempo de Cuaresma es un tiempo de empezar a ejercitar esta otra mano, que es esa capacidad que Dios nos ha dado de poder trascender. En nuestro diario vivir a veces llenamos nuestro día de actividades que son buenas, pero seguimos experimentando cierto vacío, que puede venir porque no lo llenamos de sentido. A lo largo de estos días de Cuaresma empecemos a dejar que Dios llene de sentido nuestras vidas, pues ella da significado a nuestra jornada. Ponerse en la mañana delante del Señor y en el silencio de nuestro corazón, decir: Señor este día es tuyo, quiero ser mi mejor versión para los demás, quiero que este día tenga valor para la vida eterna, y también además ser consuelo para las personas que me rodean, esparciendo el buen perfume de Cristo.

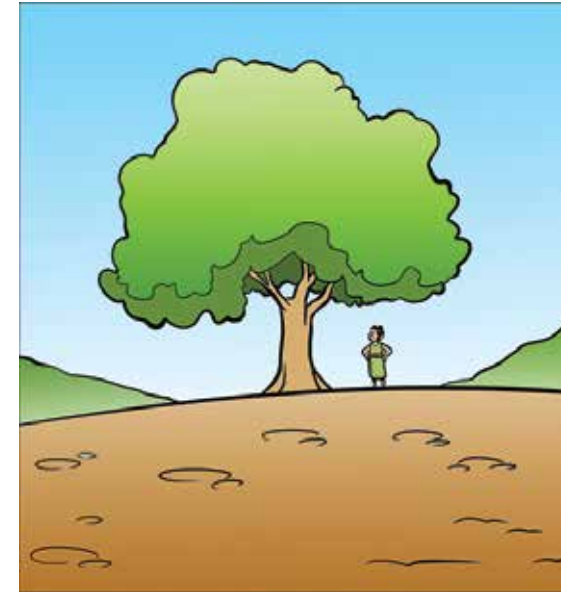


San Pablo lo dijo: “Ya no soy yo, es Cristo quien vive en mí”. Él mostraba Cristo al mundo. Qué belleza si cada uno de nosotros que nos llamamos cristianos realmente dijéramos Señor, ya no quiero vivir yo, yo quiero ser otro Cristo para mi esposo, yo quiero ser otro Cristo para mis hijos, yo quiero ser otro Cristo en mi trabajo; todo cambiaría, todo tendría un significado y un sentido muy diferente. Cristo, como el buen sembrador, es quien esparce la semilla de su gracia, y así como Pablo, todos tenemos en nuestro interior la capacidad de que surja adentro de nosotros este Cristo que habita en nosotros. A Dios no hay que buscarlo fuera, lo buscamos dentro. San Agustín dijo: “Tan afuera te buscaba y tan adentro de mí te encontrabas”.

Meditemos con la parábola de la semilla de mostaza en la fecundidad de lo escondido. A veces pensamos que para ser grandes, hay que hacer y decir grandes cosas, y en esta parábola parece que Jesús nos quiere decir que la verdadera fecundidad en nuestra vida está en lo escondido, está en lo secreto. En la parábola Jesús nos dice que el Reino de los cielos es semejante a un grano de mostaza que tomó un hombre y lo sembró en su campo, es ciertamente más pequeña que cualquier semilla, pero cuando crece es mayor que las hortalizas y se hace árbol hasta el punto de que las aves del cielo vienen y anidan en sus ramas.

En este mensaje Jesús te está proponiendo una vida nueva, ¿quieres volver a nacer?, ¿quieres una vida nueva?, ¿quieres algo nuevo en tu vida? Bueno aquí está esta propuesta. Un grano de mostaza, la cosa más pequeña, llega a ser un gran árbol en donde hasta los pájaros hacen su nido.

A veces nos sentimos insignificantes, cuando estás llamado a ser como este árbol. Hay muchas vidas que se quedan nada más así como semillas y no llegan a su plenitud. En esa semilla tan pequeña, hay una potencia tan grande. Lo mismo pasa en cada uno de nosotros, cada uno éramos esta semilla, y en nuestra pequeñez Dios pone una potencia para que podamos llegar a ser algo grande. Por eso es importante recordar y celebrar el día de nuestro Bautismo, un día para agradecer a Dios por la gracia que nos ha regalado y hacernos consciente de que ahí algo fue plantado en nuestro interior.

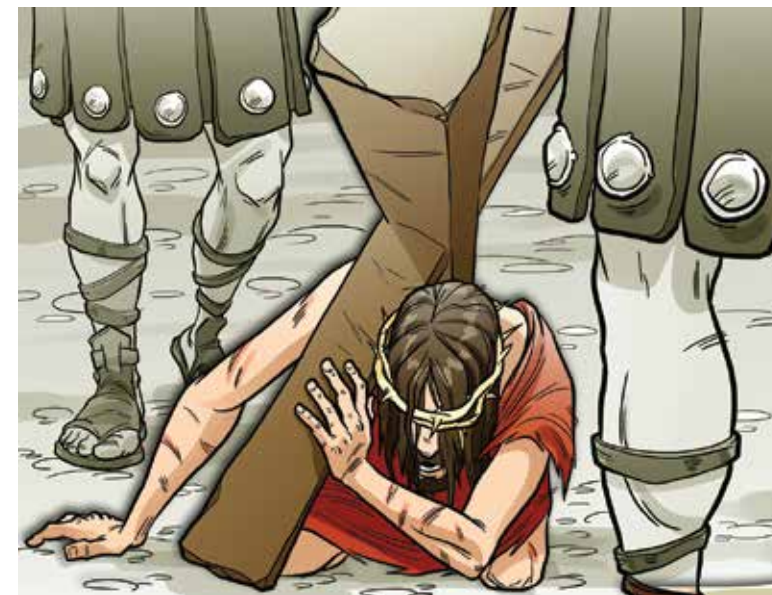


El Sembrador esparció su semilla de la Gracia sobre todos los corazones de los hombres que son bautizados, pero esta semilla va creciendo en algunos corazones que tienen espinas, algunos corazones la asfixian y esa semilla no llega a dar el fruto que está llamado a dar.

La pregunta es ¿tu vida dará un fruto que Dios ha soñado? Él quiere que también tu vida sea fecunda, crezca, se desarrolle y de mucho fruto, “para que los pájaros vengan y anidan en sus ramas”, que muchos puedan abrigarse en ti y encontrar un lugar seguro en ti. Eso es lo que hace grande al ser humano, su capacidad de Amar. Al final de nuestra vida habrá una única pregunta: ¿has amado?

El tiempo de Cuaresma es para estirar el corazón. Ejercitar la capacidad de amar, amar mejor a mis hijos, a mi esposo, amar con mayor profundidad, y así identificarnos con el corazón de Cristo porque él vino a enseñarnos a amar hasta dar la vida por, y ahí es el punto clave, la semilla, cuando cae la tierra para poder ser capaz de dar vida, debe morir a sí misma, entender que este amor implica una renuncia, para poder darse; a veces no estamos dispuestos, porque nuestro egoísmo, que es esa otra mano atrofiada, nos jala, quiere hacer solo su voluntad, y hay que ejercitar la otra mano, la mano del amor que trasciende, el amor que Jesús vino a enseñarnos, el amor que es capaz de darse. Vivir desde lo que está en nuestro interior, en esa semilla, ese deseo de trascender, que mi vida tenga un significado para los demás, y eso se ejercita con pequeños gestos, pequeñas entregas, pero nunca sin la colaboración y la Gracia de Dios, porque si queremos que nuestra semilla germine, no bastan los buenos propósitos, tenemos que hacer lo que esté en nuestras manos, nuestro Sí, acoger la semilla en ti.

El sí de María es un muy fecundo, tenemos pocas referencias de ella en la Biblia, pero todos nos cobijamos bajo “el árbol” de su vida porque ahí nos sentimos seguros, encontramos en ella una madre espiritual para todos nosotros. ¿Cuál fue el momento de la vida de María donde Jesús le revela su misión? Fue al pie de la Cruz, al ver a su hijo morir. Ahí Jesús transforma ese dolor en una misión. Donde está tu herida, ahí generalmente está tu misión, de tal manera que puedas hacerte fecundo en medio del sufrimiento: “morir para dar fruto”. Momento de gran fecundidad: “Mujer he ahí a tu hijo”, todos ellos serán tus hijos.



Dios también quiere elevar tu corazón, tu capacidad de ser don, tenemos mucho que meditar en este pasaje para reflexionar de qué manera esta semilla que ya está en mí, se está desarrollando y de qué manera puede ser fecunda, preguntarle a Dios, ¿Señor, qué quieres de mí?, ¿Cuál es mi misión?

Estas son las preguntas que podemos hacernos en esta Cuaresma. Decirle, Señor aquí estoy, condúceme por tus caminos, yo quiero ser una semilla fecunda para que tu reino se siga extendiendo en esta tierra. Como la Virgen María, como Santa Rita de Cassia, no se trata de hacer muchas cosas, sino de vivir con autenticidad lo que nos toca vivir en el día a día.

Pidamos la Gracia a Jesús y a María, para nutrir nuestra semilla con todas las Gracias que Dios nos quiere ofrecer en este tiempo de Cuaresma, acudir a una buena confesión que nos llene de la Gracia de Dios, que nos renueve desde dentro; acudir con más frecuencia al Sacramento de la Eucaristía, para nutrirnos de Cristo. Confesión, Eucaristía, Oración, expresar al Señor: **¿Qué quieres de mí? Aquí estoy, quiero servirte, ayúdame a que esta semilla llegue a su plenitud.**

